

CDD 263.92

PASTORAL

DEI.

ARZOBISPO DE BOGOTÁ

PARA LA CUARESMA

Vicente Arboleda, 1822 - 1894

ENERO 16 DE 1883

BOGOTÁ

IMPRESA DE SILVESTRE Y COMPAÑÍA

NOS VICENTE ARBELAEZ,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE ARZOBISPO DE SANTA FE DE BOGOTÁ,

PREFADO ASISTENTE AL SILLIO PONTIFICIO, &c., &c.

A todos los fieles de nuestra Arquidiócesis, salud y bendición en el Señor.

CARÍSIMOS HIJOS NUESTROS :

Por razón de nuestro sagrado ministerio, debemos ocuparnos constantemente en procurar la salvación eterna de vuestras almas, ocupación más noble y sublime que la que tiene por objeto el cuidado de las cosas puramente humanas. Y si en todo tiempo un Obispo debe ser el centinela avanzado en la defensa de la grey que le ha sido confiada por el Pastor Eterno, su celo y vigilancia deben aumentar en proporción de los peligros á que está expuesta.

Por todas partes y de diversos modos se promueve una cruel y tenaz persecución á Jesucristo y á su Iglesia. En nuestro país, los actos legislativos sancionados contra sus derechos testifican la guerra que se le hace. Se decretó la completa separación de la Iglesia y el Estado, fueron suprimidas las órdenes religiosas, confiscados los bienes de la Iglesia, declarados como matrimonios válidos las uniones contraídas fuera del rito católico, excluída la autoridad eclesiástica de la enseñanza de la juventud, y vulnerada la libertad de la Iglesia en el ejercicio del sagrado ministerio con leyes depresivas, sancionadas en los diversos Estados de la República, de conformidad con la ley general sobre inspección de cultos. Felizmente ésta fué derogada por el último Congreso: reparación que honra á los legisladores que sostuvieron y defendieron este acto de estricta justicia.

Esta persecución ha sido á veces franca y decidida, que sin duda es la menos temible; pero hace mucho tiempo que existe, y continúa todavía bajo un aspecto de insi-

diosa moderación. Entre los diversos medios empleados por la persecución para obtener su fin, en ninguno se ha manifestado más tenaz y persistente, que en el de apoderarse de la juventud para formar una nueva generación, que careciendo de instrucción religiosa, carezca también de la fe de sus antepasados.

No nos sorprende que los enemigos de la Iglesia católica, de su moral y de sus instituciones, empleen todos los medios que están á su alcance para combatir y destruir el edificio augusto de la fe; pero sí contrista en extremo nuestro corazón, el observar que muchos que se glorían de llevar el nombre de católicos, contribuyan con sus procedimientos á la destrucción del reino de Jesucristo.

Cuando la Cananea, corriendo tras el Salvador, le decía á grandes voces: "Señor, hijo de David, ten lástima de mí, mi hija es cruelmente atormentada del Demonio," no fué á causa de sus clamores por lo que el Señor reconoció la grande fe de esta hija de Canaán, sino porque sus palabras estaban de acuerdo con su fe. Esa fe que no se cifró en estériles palabras, sino que se manifestó por medio de obras, fué la que le mereció que el Señor le dijese: "Oh! mujer, grande es tu fe." Esa fe práctica manifestada con hechos, es la que se necesita hoy en los católicos para sostener y conservar la religión que recibieron de sus padres, y trasmitirla incólume á sus descendientes; pero llamarse católicos, y desmentir con su conducta lo que dicen creer, es la más enorme á la par que la más inexcusable contradicción. Un pueblo cuya conducta no está de acuerdo con sus creencias, corre infaliblemente á un abismo de desgracias.

Es cosa que verdaderamente sorprende, que los que tanto alarde hacen de llamarse amigos del pueblo fijen todo su conato en destruir su fe y sus creencias, para hacer de esta manera su felicidad. Todo lo toleran: las sectas más extravagantes y la profesión de los más grandes absurdos; todo, menos el catolicismo, cuya benéfica influencia jamás podrán negar. Pero hay todavía un hecho más triste y alarmante, y es que ese mismo pueblo presta oídos á sus falaces seductores, cuando sabe por experiencia propia que los enemigos de la fe y de la religión nunca han tenido en mira mejorar su suerte. Para seducirlo siempre han em-

pleado las pomposas palabras de libertad, progreso y civilización, pero alterando su verdadero sentido, y violando en su nombre los más sagrados derechos, no han hecho sino sumergirlo en la esclavitud, en la anarquía y en el más espantoso retroceso. Por el contrario, ese cristianismo que tanto odian fué el que trajo al mundo la verdadera libertad, el progreso y la civilización, santificando todos los derechos del hombre, y estableciendo la verdadera tutela de la justicia. Él con su virtud divina doma en todas partes las ciegas y vergonzosas pasiones de los hombres, guía y dirige todo lo que es honesto, laudable y grande y es el único elemento que estableció el vínculo de la unidad y de la concordia.

Sin embargo que la evidencia de estas verdades está admirablemente ratificada por la historia y la experiencia de diez y nueve siglos, á nadie se oculta hoy que existe un plan premeditado, sistemático y organizado que tiene por objeto hacer retroceder á las naciones al paganismo, sumergiéndolas en el más degradante indiferentismo religioso.

Que las naciones antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo y de conocer la santidad y perfección de su doctrina, hubiesen abandonado la verdadera religión y por consiguiente la fuente de toda civilización, es fácil de comprenderse; pero que pretendan hoy rechazar la doctrina del cristianismo, negando que á su benéfica acción deben su engrandecimiento, su cultura y su perfeccionamiento, apenas puede concebirse. Y todavía es más inconcebible que los corifeos de esta rebelión contra Dios y contra su Iglesia, con el objeto de seducir á los pueblos no cesen de aseverar en todos los tonos posibles que el catolicismo se opone á su felicidad y á su progreso.

Una simple comparación entre la civilización pagana y la cristiana bastará para probar la temeridad y la injusticia de tan absurdo intento.

Examinemos rápidamente la civilización pagana, no ya en los pueblos orientales que yacen bajo el despotismo asiático, sino en el mayor grado de esplendor á que llegó en las famosas repúblicas de Grecia y Roma, y veremos que aún allí dicha civilización se manifestó sumamente débil y efímera, y esto, porque le faltaba el elemento moral

que es base absolutamente indispensable para constituir una civilización verdadera.

Sólo Dios, quiérase ó no, es el origen de todo derecho y de todo deber. Bajo este punto de vista el paganismo fué y es absolutamente impotente para producir la civilización, pues corrompiendo la idea de Dios, negó su unidad y creó un número infinito de dioses atribuyendo á cada uno de ellos las pasiones, los vicios y los errores del hombre.

Respecto del individuo, el paganismo desconoció su dignidad y su libertad, violando así sus derechos naturales, lo que se manifiesta por el desapiadado abandono en que tenía á los pobres, á los enfermos, á los huérfanos, á los ignorantes y á los extraños, no teniendo éstos quien enjugase sus lágrimas, aliviase sus dolores ni proveyese á sus necesidades.

Si del individuo pasamos á la familia, hallaremos que el paganismo lejos de hacerla buena, tranquila y feliz, la corrompía, ya con la prepotencia marital, ya con el envilecimiento legal de las esposas, ya con los divorcios tan fáciles y frecuentes, que, como refiere Séneca, las matronas romanas contaban sus años por sus divorcios, ya en fin por la abyección de los hijos, los cuales respecto del padre eran de peor condición que los esclavos respecto de sus señores.

Por lo que hace á la sociedad política en sus relaciones civiles, el paganismo profesaba como principio de derecho público que el individuo sólo nació para el Estado. Principio por el cual eran sacrificados todos los derechos del hombre, y la inalienable dignidad de su naturaleza racional; y por el cual el entusiasmo patriótico, ciertamente bello y aún sublime, salía entre los paganos del orden natural y se convertía en delirio destructor de toda cultura. En una palabra, el paganismo con sus falsas doctrinas y con su triste influencia fué la causa de la corrupción general del mundo; por el contrario, el cristianismo con la luz de su doctrina y con su acción santificante, trajo consigo la civilización verdadera.

Sí, el cristianismo restableciendo la exacta idea de Dios con el dogma de su unidad y enseñando sus infinitas perfecciones, restableció la unidad moral del género humano, formó de todos los pueblos una sola familia, y co-

locó al hombre en sus legítimas relaciones con su Creador y con sus semejantes, que es lo que constituye la base sólida y la noción completa de la civilización moral.

Además, la idea de la paternidad divina y de la gratuita adopción nuestra por hijos de Dios, enseñada por el dogma de la redención, es sin duda el título más sublime de la nobleza de nuestro ser, y el dón más precioso que debe la humanidad al cristianismo. Desde este momento, el hombre se sintió elevarse de su bajeza, vió su origen celestial, y conoció sus destinos inmortales. Si Dios es el Padre común de los hombres, es claro que todos somos hermanos y dignos de recíproco amor. La naturaleza pondrá entre hombre y hombre la desigualdad de clima, de lengua, de ingenio, de fuerza, de riqueza; una sola cosa nos hace iguales: la Religión. Separados por tantas causas sociales, nos unimos y abrazamos con igualdad moral, delante de un Dios que murió por todos, y que á todos se ha prometido á sí mismo por galardón. Hé aquí la dignidad del individuo elevada y consagrada por el dogma de la redención. De este dogma vino necesariamente la idea de abolir la esclavitud, ennoblecer la mujer, restablecer dentro de sus justos límites la autoridad paterna y establecer la igualdad entre todos los hombres. A las innobles y variables leyes del utilitarismo, de la fuerza y del egoísmo, fué sustituido un vínculo digno y durable, el de la caridad, la cual llegó al más alto grado de perfección con el precepto que nos impone de perdonar á nuestros enemigos, y de socorrer las miserias humanas hasta con el sacrificio de la vida.

En el cristianismo, el amor es la cadena de oro que une el cielo con la tierra, al Criador con la criatura y al hombre con el hombre. La sociedad moderna que tanto alarde hace de los principios de libertad, de igualdad y de fraternidad, si fuera leal, debería reconocer que tales principios fueron proclamados en su verdadero sentido por la revelación cristiana, sin la cual todavía serían desconocidos en el mundo.

Así como los derechos individuales fueron consagrados en el cristianismo por el dogma de la redención, de la misma manera lo fueron los de la familia por el dogma que restableció el matrimonio á su primitiva institución y